

EL PODER Y LA FUERZA

*APUNTES DOCTRINALES SOBRE LA NATURALEZA
REVOLUCIONARIA DE LAS FARC*

Vicente Torrijos R.

VICENTE TORRIJOS R.

PROFESOR DE CIENCIA POLÍTICA Y RELACIONES INTERNACIONALES EN LA UNIVERSIDAD DEL ROSARIO; DE POLÍTICA EXTERIOR EN LA ACADEMIA DIPLOMÁTICA DE SAN CARLOS; DE PAZ Y CONFLICTOS EN LA UNIVERSITAT OBERTA DE CATALUNYA (ESPAÑA) Y DE LÓGICA ESTRATÉGICA EN LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA DE COLOMBIA.
(elcorreodetorrijos@yahoo.com)

RESUMEN

Con base en su experiencia como investigador del conflicto armado colombiano, el autor presenta un artículo de reflexión acerca de la naturaleza de las FARC, principal organización armada de Colombia y del hemisferio occidental, y se analizan sus capacidades para desestabilizar el sistema democrático nacional.

PALABRAS CLAVE: Conflicto armado-Colombia, FARC, sistema democrático, revolución armada.

ABSTRACT

Based on his experience as a researcher of the army conflict in Colombia, the author presents a reflection article about the nature of FARC, main army organization in Colombia and the Western Hemisphere, and its capacities to destabilize the national democratic system are analyzed.

KEY WORDS: *Arm-Colombia conflict, the FARC, democratic system, armed revolution.*

INTRODUCCIÓN

¿Cuál es la naturaleza, la identidad o la razón de ser de la principal organización armada de Colombia y del hemisferio occidental? ¿En qué se basan sus capacidades desestabilizadoras y de qué se nutren sus pretensiones de reemplazar el sistema democrático por uno distinto?

¿QUÉ SON?

Esta es la pregunta esencial sobre toda organización subversiva. Revisando los textos propios del marxismo-leninismo, se halla una primera respuesta reveladora: las Farc serían una organización que recurre a la violencia política *«como instrumento de la lucha de clase al cual tienen que recurrir las masas populares que impugnan a los explotadores, opresores y agresores, para defender sus derechos y libertades haciendo realidad el progreso social»* (Denisov, 1986, p. 46 yss.).

¿QUÉ QUIEREN?

«Las Farc lo que quieren es gobernar a Colombia», dijo en octubre de 1999 el cabecilla Raúl Reyes. Ligando el qué son con el qué quieren, se tiene que las Farc serían una organización que recurre a la violencia contra aquellos que oprimen a las masas populares, con el fin de tomarse el poder. En otras palabras, son una organización revolucionaria porque tienen una intención política basada en que *«la sustitución del Estado burgués por el Estado proletario es imposible sin una revolución violenta»* (Lenin, 1917, p. 25).

¿CÓMO LO HACEN?

Para lograr esa sustitución *política*, entendida como una sustitución *violenta*, es apenas natural e inevitable que las Farc tengan que estar moviéndose todo el tiempo entre dos concepciones: una sobre el *poder* (la política) y otra sobre la *fuerza* (la violencia).

Para no ir muy lejos, en un comunicado del 12 de julio del 2003, el Secretariado del Estado Mayor Central define a su propia

organización como «*oposición política armada al régimen gobernante*», y simultáneamente habla de «*abrir espacios a nuevos diálogos y negociación*».

Lejos de ser una contradicción, lo que aquí se aprecia es una articulación entre los dos fenómenos referidos: el poder y la fuerza.

Clausewitz, por ejemplo (1820, aprox: libro 1, acp. 24), sostenía que «*el propósito político es el objetivo, mientras que la guerra es el medio*», pero sabiamente se apresuraba a agregar que «*el medio no puede ser nunca considerado separadamente del objetivo*».

O sea, que cuando este importante estratega dice que «*la guerra es una continuación de la actividad política, una realización de la misma por otros medios*», lo que en realidad nos está queriendo decir es que «*la guerra no es simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político*».¹

¹ De acuerdo con el profesor W. B. Gallie (1978, p. 100 y ss.), el problema fundamental del *Tratado sobre la Guerra*, de Clausewitz, se localiza en algún punto entre dos grupos de enunciados, los primeros cinco muy marcados por lo militar y los otros cinco por lo político. El grupo de cinco enunciados que exaltan lo militar sería el siguiente:

1. La guerra es un acto de violencia cometido para obligar a nuestro adversario a cumplir nuestra voluntad.
2. En su esencia, la guerra no es más que un duelo entre dos contendientes, cada uno de los cuales trata de derribar a su adversario, haciéndolo así incapaz de posterior resistencia.
3. Como el empleo de la violencia física en modo alguno excluye el empleo de la inteligencia, resulta que quien recurre a la fuerza pródigamente encuentra que tiene ventaja sobre aquel que la usa con menos vigor.
4. De ahí que como en la guerra cada parte *trata* de dominar a la otra, sobrevenga una acción recíproca que debe aumentar en extremo, y
5. Por ese motivo, desarmar o destruir al enemigo, o amenazar con hacerlo, siempre debe ser la meta en la guerra.

El otro grupo de cinco enunciados, o sea, el que exalta lo político, sería el siguiente:

1. La guerra es un acto político ... y también un efectivo instrumento político, una continuación de lo político por otros medios.
2. En ninguna circunstancia debe considerarse a la guerra como algo independiente. La política se entrelaza con la acción total de la guerra y debe ejercer una influencia continua sobre ella.
3. Las guerras deben diferir en carácter, según los motivos y las circunstancias a las que obedecen.
4. El paso inicial, más grande y más decisivo de un hombre de Estado o de un general consiste en entender el tipo de guerra en que interviene, y en no tomarlo por algo distinto de lo que, dadas las circunstancias, es posible que sea, y
5. La guerra es una magnífica trinidad compuesta por la violencia original de sus elementos, del juego de probabilidades y de suerte que hacen de ella una actividad libre del alma,

Para aplicarlo a nuestro objeto de estudio, las actividades bélicas de las Farc no serían, pues, un simple acto político sino un verdadero *instrumento* político.

Pero, claro, a ese instrumento, a ese medio del que ellas se valen, no se le puede separar del objetivo que se persigue, y ese objetivo, como queda dicho, es un propósito político: el de gobernar a Colombia.

Sin duda, éste es un tema de capital importancia sobre el que vale la pena profundizar un poco más.

Un estudioso de la obra de Clausewitz, Paul Rossel (1982, p. 76), sostiene que el principal error estratégico que hoy se sigue

y de su naturaleza subordinada como instrumento político, respecto al cual pertenece el dominio de la Razón.

En concordancia con la tesis que en este trabajo se desarrolla, el profesor Gallie llega a la conclusión de que «el conflicto entre [estos dos bloques de enunciados, es decir, entre] las metas militares y las políticas es más aparente que real. En efecto, detrás de cada guerra, de cualquier grado de intensidad y destructividad, hay condiciones y decisiones políticas que igualan y explican ese grado de intensidad y de destructividad.

Pese a las apariencias, ninguna guerra está dirigida políticamente en mayor o menor medida que otra. Si la política es mezquina, adecuadamente planeada o vacilante, también lo serán las medidas militares que exige. Por otra parte, si la política es grande y sólida, también lo será la guerra».

Finalmente, Gallie sostiene que «la imagen de la guerra como una actividad esencialmente autodividida, con las necesidades y las condiciones políticas tirando en un sentido, y las exigencias puramente militares en otro», no debe preferirse a la de la guerra «como una actividad fundamentalmente unificada –bajo la égida de la política estatal–, condición que sirve para unir a guerras de las características y las intensidades aparentemente más diversas».

En síntesis, resultan muy esclarecedoras las apreciaciones del profesor de historia de la guerra en la Universidad de Oxford, Michael Howard, tal vez uno de los más profundos conocedores de la obra de Clausewitz, cuando afirma que «la percepción de la guerra como una extraña trinidad en la cual la política rectora del gobierno [es decir, lo racional, la inteligencia pura], las cualidades profesionales del ejército [las fuerzas no racionales, o sea, no producidas por el pensamiento o la intención humana, como la fricción, el azar y las probabilidades], y, por último, la actitud del pueblo [es decir, lo irracional, la emoción violenta, el odio, la enemistad, la violencia primitiva], son elementos que en Clausewitz tienen, en el fondo, idéntica importancia» (1983, pp. 20, 73).

Tal como concluyen E. J. Villacres y C. Bassford (1995: 54 y ss.), en perfecta armonía con Clausewitz, «cualquier teoría que niegue la existencia de estas fuerzas o que minimice el rol que desempeñan, o la interacción entre ellas está equivocada. El soldado que espera que los eventos de la guerra se desencadenen de otra manera –especialmente en forma racional y ordenada–, se condena a la sorpresa, la desilusión y la frustración».

cometiendo es el de *«ver un simple paralelismo entre guerra y política, allí en donde Clausewitz desarrolla una poderosa y compleja dialéctica, es decir, una lógica de interacciones en movimiento, pues el ejército no es el instrumento de la política en el sentido en que el martillo es un instrumento en la mano. Es toda la concepción de la guerra, del conflicto, la forma más elevada de la política; y ésta puede comenzar con un ejército débil. La política ocupa o abandona el primer plano de la escena y lo mismo ocurre con la guerra; es la combinación de su encadenamiento lo que constituye el éxito porque la guerra no está en realidad subordinada a la política»*.

Es necesario que esto quede bien claro, pues viene a ser la columna vertebral del tema.

La unidad entre lo político y lo militar es lo fundamental. La sincronización que hacen las Farc entre lo político y lo militar es la clave para entender cómo es que pretenden hacerse al poder. Esa sincronización conduce a la idea de que lo político y lo militar no van en paralelo, como dos líneas cercanas pero que nunca se tocan. No. En realidad, lo político y lo militar se hallan fundidos en una lógica de interacciones sirviendo al mismo fin, que no es otro que acceder al poder mediante un proceso revolucionario.

Por eso es un error muy común, tal como sostiene el mismo Rossel, subordinar la guerra a la política y pensar, por ejemplo, que en ese proceso revolucionario al que aquí se alude, *«lo político puede ser calculado en un setenta u ochenta por ciento, mientras que lo militar abarcaría tan solo un treinta o veinte por ciento»*.

Lo que pasa, si se recuerdan sus palabras, es que la política ocupa o abandona el primer plano de la escena histórica de acuerdo con la conveniencia de la organización, y lo mismo ocurre con lo militar, o sea, con el uso de la fuerza. A veces, una dimensión cobra más vigor que la otra, pero en el fondo están *inextricablemente fundidas*, en íntima interacción, sólo que moviéndose de manera distinta.

Por esa misma razón es que empeñarse en sostener lo contrario, o sea, que las Farc olvidaron su naturaleza política para privilegiar lo estrictamente militar, entendiendo lo militar en el sentido terrorista y destructivo, también pasaría a ser una apreciación errónea. De ahí que cuanto se esté apreciando recientemente en la conducta estratégica de la organización, en muchos casos no es más que una intensificación en el plano militar, sin que ello

signifique, para nada, el abandono de la naturaleza política de la organización misma.²

Dicho de otro modo, Rossel recuerda que la guerra puede ser librada por un ejército débil que, no obstante, logra combinar lo político y lo militar de tal manera que, a la postre, resulta derrotando a su adversario, probablemente más poderoso en términos tecnológicos.

Para ponerlo en otros términos, tal como lo expresa el profesor Kenneth McKenzie (2000, p. 20), el Vietcong podía parecer cruel y desalmado, notablemente más interesado en las acciones militares que en cualquier otra dimensión de la guerra, pero eso no significa que hubiera desvirtuado nunca su condición política basada en el concepto de guerra de liberación nacional contra un ocupante extranjero.

De hecho, el 25 de abril de 1975, en el ocaso de la guerra, cuando se desarrollaban conversaciones en Hanoi entre oficiales norvietnamitas y norteamericanos, el coronel Harry Summers le dijo al coronel Tu: «Admita que ustedes nunca nos derrotaron en

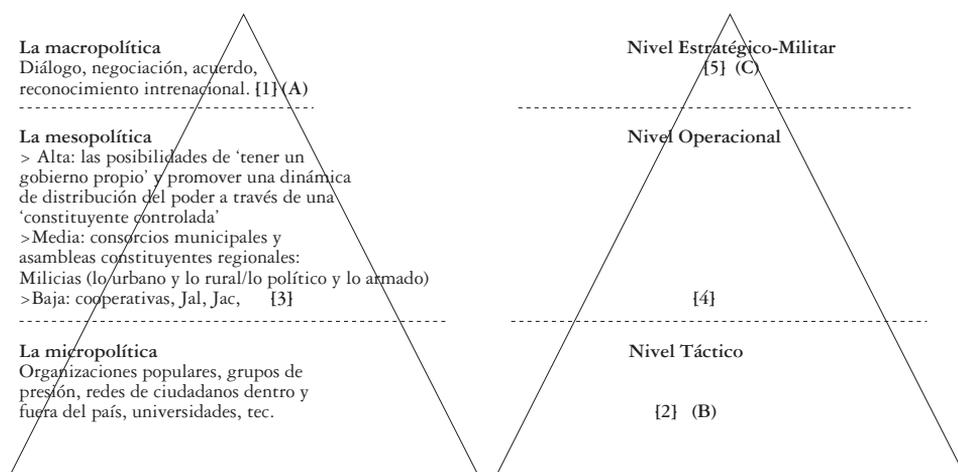
² En realidad, el aforismo aquel de que los esfuerzos bélicos deben ser «en un treinta por ciento militares y en un setenta por ciento políticos», al que se le agregaron otros dos : que «el treinta por ciento debe desarrollarse en frente del enemigo y el setenta por ciento en la retaguardia», y que «el treinta por ciento debe destinarse a los ataques físicos y el setenta por ciento a lo psicológico», es decir, que sólo el treinta por ciento de la guerra obedece a la lógica militar y que el setenta por ciento tiene una naturaleza política, es un invento del general nacionalista Chiang Kai-shek, tildado por sus discípulos como el «adalid mundial de la lucha anticomunista», en su texto sobre la esencia de la guerra política. Con base en sus escritos fue que el general Wang Sheng, comandante del Colegio de Guerra de Taiwán, escribió en 1959 una obra titulada *Sobre la teoría y la práctica de la guerra política*, con la ilusión –fallida por lo visto–, de «lanzar una ofensiva contra el continente para restaurar la dignidad humana, reedificar la alegría interna, restaurar el orden social y reconstruir una nueva, próspera y feliz República de China sobre las ruinas dejadas por los comunistas» de Mao Tse-Tung (p. 193 y ss.).

Es sumamente curioso que a pesar de los esfuerzos intelectuales de Sheng por tratar de demostrar a toda costa que sus porcentajes funcionaban a las mil maravillas y que «el factor político es más importante que el militar» (p. 11), hubiera llegado –aunque muy tímidamente, pues sólo lo menciona de soslayo–, a la conclusión que estamos sosteniendo en este escrito, es decir, que «si bien la guerra política y las operaciones militares son diferentes, ellas deben estar estrechamente coordinadas en la guerra total ... pues su íntima coordinación [y no la preponderancia de una sobre la otra, diríamos nosotros] es la clave de la victoria» (p. 10).

el campo de batalla». A lo que Tu respondió: «eso puede ser cierto, pero ya es irrelevante».

En otras palabras, es cierto que no todas las organizaciones revolucionarias triunfan y que la historia está llena de agrupaciones sepultadas. También ha habido ocasiones en las que simples bandas de forajidos pretenden ampararse en un status político que no les corresponde. Pero ese no es el caso de la organización que aquí se estudia. Lo que en Colombia y el área opera es una organización que sincroniza hábilmente lo militar y lo político en procura de su objetivo principal, es decir, el acceso al poder.

En ese sentido, puede proponerse una fórmula para comprender de qué manera se maneja tanto la problemática política como la militar a fin de apreciar con claridad esa unidad estratégica en las Farc:



LA UNIDAD ESTRATÉGICA ENTRE LO POLÍTICO Y LO MILITAR EN LAS FARC

[Secuencia 1-2-3-4-5]: En este momento, las Farc se muestran muy activas en el plano político proponiendo despeje, acuerdo sobre canje, diálogos y negociación en la cúpula, o sea, en el nivel propio de la macropolítica [1].

Entre tanto, dejan que el Estado despliegue todas sus capacidades y sólo afectan a la Fuerza Pública en un nivel táctico—desgaste, sabotaje, guerrillas, terrorismo en lo urbano y lo rural— [2].

Pero están abriendo una nueva fase de confrontación, de tal suerte que se concentrarán en la Meso y la Micropolítica [3] al tiempo que irán escalando en lo militar a niveles operacionales [4] y hasta estratégicos [5] —mediante «planes de pistoleo» y el empleo de minas darán golpes tácticos que sumados podrían generar un trauma estratégico sobre el denominado «Plan Patriota», impedir el referendo, secuestrar más personalidades notables, perpetrar un acto terrorista de gran importancia simbólica en coordinación con el ELN, generar ingobernabilidad municipal, asalto de poblaciones, ataques a unidades militares mediante comandos y ciertos movimientos de masa, ataques antiaéreos, penetración de grandes ciudades (incluida Bogotá), etc—. En ese sentido, lo que está sucediendo con las Farc podría asimilarse más como una «guerra asimétrica» que como una «guerra irregular»³.

[Secuencia A-B-C] : Si apeláramos a otro ejemplo, ahora en términos hipotéticos, podríamos ver que sin moverse del nivel Macropolítico que actualmente privilegian **{A}**, las Farc podrían dar un golpe del tipo magnicidio —al presidente—, generando con esa simple maniobra táctica **{B}** unos efectos estratégicos de tal magnitud que toda la Política de Seguridad Democrática podría suspenderse y ser reemplazada por una de «reconciliación repentina» que paralizaría a la Fuerza Pública **{C}**.

De hecho, algunos teorizantes contemporáneos, yendo más allá de Clausewitz, definen la política en términos de fuerza hasta llegar a asegurar que «*sólo son políticas las decisiones respaldadas por la fuerza ... [pues] el solo hecho de que se ejerza la fuerza basta para establecer que hay política ... [y] siempre, en algún punto, se trata de algunas personas obligando a otras*», con lo cual se ha podido establecer que si bien el estudio de la fuerza no debe constituir la totalidad de la política, «*sí debe ser [el objeto] central [de la política]*» (Nicholson, 1984, p. 70 y ss.).

Queda así claramente reforzada la idea de que lo político y lo militar no son paralelos, que lo uno no está subordinado en favor de lo otro y que, más bien, los dos fenómenos están fundidos, hasta el punto de que la fuerza pasa a ser «*el criterio para escoger lo que es característico de la política, puesto que es lo que ocurre en todos los casos de política*» (Nicholson, *ibidem*).

³ En efecto, el profesor Darc Ant6nio da Luz Costa, coordinador del Centro de Estudios Estratégicos de la Escuela Superior de Guerra del Brasil, ha concluido que «la tendencia general en una guerra irregular es la de salir de una situación de combate subterráneo a combate abierto. En una guerra asimétrica no existe esta tendencia, pues se puede ir tanto de una situación de combate abierto a una de combate subterráneo y viceversa» -2002 : 156- [recorrido simultáneo, o en barrido, de 1 a 5 y 5 a 1].

Entonces, no tiene por qué esperarse que las Farc muestren equilibrio perfecto entre lo político y lo militar para que, desde el Establecimiento, se le otorgue el status político que la definiría, en el imaginario político clásico, como un «adversario respetable y responsable».

Todo lo contrario. Es precisamente porque no persiguen semejante falacia —pues, por otra parte, el equilibrio perfecto entre lo político y lo militar no es deseable para una agrupación revolucionaria— y es porque no buscan ese balance perfecto que son y seguirán poseyendo una elevada capacidad destructiva sincronizada con un modelo de alternatividad política.

Por eso siempre es oportuno recordar que también en Mao Tse-Tung (1938, t. II) esta unidad estratégica está clara. Por una parte, él sostiene que «*el poder emana del fusil*» y que «*la tarea central y la forma más alta de toda revolución es la toma del poder por medio de la fuerza armada, es decir, la solución del problema por medio de la guerra*»; pero, por otra, él matiza esta reflexión agregando que «*la guerra revolucionaria es la guerra de las masas, y sólo puede realizarse movilizandose a las masas y apoyándose en ellas*» (1934, t. I).

¿Tendrá que pensarse, entonces, que las Farc se olvidaron de la política sólo porque en muchas ocasiones, derrochando crueldad y felonía, atentan enconadamente contra la población civil y la subyugan? No. *Las Farc no están desconociendo a Mao*. De hecho, él nunca habló de «altruismo» o «armonía espiritual y metafísica» entre la organización armada y las masas. Él habló de movilizaciones y apoyos. Y es así como las Farc entienden el problema; a veces, empleando métodos más duros, o más blandos, pero en todo caso recabando apoyo y movilizandose a la gente sobre principios de dominación y control.

De tal forma, en vez de contrariar a Mao, las Farc están honrando a otro de esos clásicos de la guerra irregular, Ernesto Guevara, quien indicaba cómo el sabotaje «*es otra de las terribles armas de la guerrilla ; se puede paralizar ejércitos enteros, se puede detener la vida industrial de una zona, quedando los habitantes de una ciudad sin industria, sin luz, sin agua, sin comunicaciones de ninguna clase, sin poder arriesgarse a salir sino a determinadas horas ... Si se logra todo esto⁴, la moral de los*

⁴ Lo que, dicho en términos de Carlos Marighella, equivaldría a «inmovilizar las tropas en la defensa del complejo de sustentación nacional, poniendo al gobierno en dificultades, impotente para hacer cesar las operaciones guerrilleras en la ciudad» —1966, p. 63.

enemigos va decayendo y se torna madura la fruta para arrancarla en el momento preciso» (1960, p. 23).

Así las cosas, lo que hacen las Farc no sería más que seguir operando con la lógica leninista de la guerra «plenamente justificada», a la que también se refiere el profesor V. Zajárov (197?, p. 45) cuando sostiene que «*el fundamento del análisis leninista del carácter de las guerras es la doctrina acerca de las guerras justas e injustas* [y cita a Lenin]: “*Existen guerras justas e injustas, progresistas y reaccionarias, guerras que hacen las clases avanzadas y guerras de las clases retrógradas, guerras que contribuyen al afianzamiento del yugo clasista y guerras que ayudan a derrocarlo*” (Lenin, *Obras*, t. 29, p. 315)». En ese orden, las Farc presumen que la suya es, pues, una guerra «plenamente justificada».

¿QUÉ SE PUEDE ESPERAR DE TODO ESTO?

No es prudente pensar que la naturaleza de la guerra es más política que militar, ni que lo militar prima sobre lo político. Pensar así, puede llevar a la falsa creencia de que una organización como las Farc privilegia más la organización popular o el tejido social revolucionario que el uso de la fuerza; o lo contrario, que las Farc se olvidaron de sus propósitos políticos y se convirtieron en una organización enceguecida por el narcotráfico y dedicada exclusivamente a la propagación indiscriminada de la violencia.

Lo que se ha querido demostrar es que *hay una tercera vía, una vía intermedia, para entender este asunto*. El mismo general Sheng, el taiwanés del que hablamos antes, lo sabía, pero se empeñaba tanto en complacer a su mentor, Chiang Kai-shek, que perdía de vista la virtud de la *sincronización estratégica*, consistente, básicamente, en apreciar lo político y lo militar como una regulación de velocidades en virtud de la cual a veces aparece en el escenario una tendencia política más marcada, o se acentúan las acciones militares, pero, en cualquier caso, se apunta siempre al objetivo supremo: gobernar al país; o en su defecto, proclamar un Estado independiente en la Amazonía colombiana como el de «Caquetania».

No hay que desconocer que una buena opción estratégica sería crear ese estado justo ahora que las Farc cuentan con un escenario

regional inmejorable en procura del reconocimiento que exigiría semejante osadía.⁵

Entonces, las Farc no han dejado de ser una organización política, ni en este proceso revolucionario del que ellas son protagonistas lo político ha dejado de tener importancia. Ellas tienen un objetivo político y combaten por ese objetivo, aunque lo hagan destructivamente y con excesiva crueldad. De hecho, es poco creíble que tengan cargos de conciencia: «*La violencia revolucionaria siempre se presenta, además de fuerza destructiva que liquida el viejo régimen social, como fuerza constructiva que contribuye a hacer realidad la necesidad histórica, las necesidades económicas maduradas en el desarrollo progresivo de la sociedad ... es el derecho sagrado del pueblo que se alza a combatir por su emancipación social*» (Denisov, 1986, pp. 65, 67).

Asimismo, las Farc no han dejado de actuar y sofisticarse militarmente. Ellas no son exactamente una organización aperezada ni aburguesada. Es cierto que durante la vigencia de la zona de distensión en el Caguán se entregaron a los placeres que toda desmilitarización del oponente facilita; también es cierto que habrían podido hacer mucho más en materia de organización comunitaria. Pero está claro que desde el punto de vista táctico tampoco se despreocuparon demasiado. Las dificultades que está teniendo la Fuerza Pública para romper el «punto muerto» en el que se estaría sumergiendo el «Plan Patriota» es una muestra de ello.

Lo que pasa es que, tomando prudente distancia de Ernesto Guevara y del foquismo, ellas saben que no pueden forzar la historia y que con el simple uso del fusil no necesariamente crearán las condiciones óptimas para el éxito revolucionario.

Se alejan talentosamente del aventurerismo revolucionario, y por eso parecen lentas y muchos afirman —equivocadamente, como puede verse— que se hallan «replegadas».

⁵ «Las Farc bien podrían seguir los pasos de los guerrilleros del Cáucaso ruso, que el pasado martes 10 de agosto proclamaron la creación del Estado islámico e independiente de Daguestán [pues] están buscando que algún país del área, como la Venezuela del cálido y afectuoso presidente Chávez les reconozca que se encuentran en igualdad de condiciones que el Gobierno colombiano y que, por tanto, se hallan en capacidad de efectuar negociaciones y suscribir acuerdos con diversos miembros de la comunidad internacional» (Torrijos, 1999 : p. editorial del diario *El Tiempo*, 18 de agosto de 1999, p. 3-A).

Lo que sucede es que tras el Frente Nacional, el régimen democrático en Colombia ha ido gozando de alta legitimidad, hasta llegar, en la cima, a ese clima de confianza y aceptación generado por un presidente que, como Alvaro Uribe, es el primero en aspirar *con fundadas opciones de triunfo* en la reelección inmediata.

Por tanto, las Farc se han asegurado, con suficiente tacto y cordura, de no desbocarse dejándose arrastrar simplemente por la lógica militar. Se arriesgan, sin duda, porque no han estado inactivas, pero no excesivamente como para ser devoradas por la cooperación militar entre Washington y Bogotá, o por esa elevada legitimidad estatal –sobre la que cabalga el presidente Uribe– responsable, en muchos casos, de dar al traste con tantas organizaciones rebeldes y revolucionarias en otros sistemas sociales.

Así que, en el fondo, y eso es lo que se puede apreciar, las Farc han sabido manejar con aplomo ese difícil dilema estratégico planteado por Guevara cuando decía, por una parte, que «*no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución, pues el foco insurreccional puede crearlas*», y por otra, que «*donde un gobierno haya subido al poder por alguna forma de consulta popular, fraudulenta o no, y se mantenga al menos la apariencia de legalidad constitucional, el brote guerrillero es imposible de producir por no haberse agotado las posibilidades de la lucha cívica*» (Guevara, 1960, p. 27y ss.).

Ahora, precisamente, permitirán que el presidente Uribe muestre qué tan lejos puede llegar su Política de Seguridad Democrática. Dejarán que exhiba todas sus capacidades. Que cope el territorio nacional, que vincule a la población, que fumigue cultivos, que avance con sus tropas, masivamente, sobre territorios desconocidos y a muy altos costos en materia presupuestal. Cuando haya estirado al máximo su poder, ellas evaluarán cuál es la parte más delgada del cordón, para empezar a romperlo.

Por eso, algunos pueden pensar que ellas, las Farc, están derrotadas o replegadas, pues no ven que exhiban exclusiva y desafortunadamente la fuerza. Pero con un comunicado como el citado, del 12 de julio, ellas le están diciendo al presidente Uribe: vamos a adentrarnos en una nueva fase de confrontación; usted puede hacer un despeje territorial para iniciar el diálogo y evitar que se le torpedee sistemáticamente la reelección, o le será socavada la iniciativa legis-

lativa, o mediante guerra de guerrillas y terrorismo le será desvertebrado el modelo de Estado Comunitario y la gobernabilidad para tener que buscar más adelante, y de todas formas, la aproximación y el diálogo.

Hay una oportuna enseñanza de Clausewitz, prudentemente recordada por Carlos Alonso Baquer (1990: 92): *«la destrucción de las fuerzas armadas enemigas asegura la posesión del territorio; pero la posesión del territorio no es útil en sentido absoluto para la destrucción de las fuerzas armadas {adversarias}»*.

Así que la presencia del Estado en todo el territorio nacional tendría que ser permanente, estable, sostenible y, en todo caso, *no sólo militar*. La presencia militar tiene que ser contundente, pero no es suficiente en sí misma.

Y es probable que se esté desbordando precipitadamente la razonable necesidad de garantizar la presencia de la Fuerza Pública hasta el punto de llevar el experimento de recuperación territorial al fracaso, pues se estaría delegando en las Fuerzas Militares —aun a sabiendas del riesgo que semejante actitud supone—, la responsabilidad de reconstruir la gobernabilidad política, y ésa no es, exactamente, la misión que ellas tienen.

Otros, al ver que las Farc están dedicadas al narcotráfico y que están perfeccionando su metodología de desgaste, sabotaje y aniquilación del enemigo, podrían pensar que perdieron todo rumbo político y simplemente se bandolerizaron. Pero también podrían estar equivocados.

Sincronizadamente, las Farc buscarán que entre guerrilla e insurrección haya consonancia y que el Estado se desequilibre, viéndose precisado a entablar aproximación y diálogo en condiciones de relativa desventaja. Por una parte, se atenta contra la infraestructura crítica del Estado y contra la población civil de manera sostenida y sistemática, y por otra, ¿acaso no buscan un canje y un despeje so pretexto de iniciar diálogos y negociaciones contando ya —como lo expresan en sus comunicados— con un gobierno clandestino de doce miembros y suficiente apoyo en el vecindario andino?

Dicho en otros términos, si el presidente Uribe y las Fuerzas Militares ya tienen ganada buena parte de la «guerra de opinión» en Colombia (70 y 83 por ciento, según Invamer-Gallup, desde el

diario *El Tiempo*, del miércoles 23 de julio del 2003), ¿qué tanto estará dispuesta la población a esperar a que las Fuerzas Armadas les asesten a las Farc golpes militares decisivos, o sea, aún más contundentes que los propinados hasta ahora, como para no buscar un modelo político distinto al que plantea la Política de Seguridad Democrática?

CONCLUSIÓN

En pocas palabras, las Farc habrían entendido una importante enseñanza de Clausewitz, tal como la enuncia Baquer (*ibidem*: 91): hay que «*diferenciar nítidamente* [pero también entrelazar muy hábilmente, diríamos], *lo peculiar de la estrategia —es decir, el arte de vencer con el mínimo sufrimiento—, de lo peculiar de la diplomacia —el arte de convencer sin necesidad de emplear la fuerza—*».

Al sincronizar hábilmente las velocidades en que avanzan tanto en lo político y lo militar, las Farc se constituyen en un contrincante complejo y difícil no sólo para la Política de Seguridad Democrática sino para la «lucha global contra el terrorismo», liderada por Estados Unidos.

Como los conflictos no se estancan sino que se transforman, la tarea del analista de los conflictos ha de concentrarse en el estudio de *la transformación estratégica de los potenciales del Estado y de su adversario*. Las Farc pasarán a una fase en la que mostrarán sus capacidades tratando de horadar el Estado Comunitario y, por ende, la reelección del presidente Uribe. A menos, claro, que el clima de aproximación y diálogo con las Autodefensas y el Eln se extienda también a las Farc, para lo cual, más allá de de un escenario mediático, el Gobierno Nacional tendría que empezar por ceder en un tema, al parecer muy delicado y de alta sensibilidad: el intercambio humanitario.

BIBLIOGRAFÍA

- BAQUER C.A. (1990). Las dos estirpes desviadas del pensamiento clausewitziano. En vv. aa. «Clausewitz y su entorno intelectual». Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional, CESEDEN, Ministerio de Defensa de España.
- COSTA Darc António da Luz (2002). Guerra asimétrica. *Estudos Estratégicos*, 2. Río de Janeiro. Escola Superior de Guerra / Centro de Estudos Estratégicos.
- DENISOV, V.I. (1986). *Violencia social*. Moscú, Editorial Progreso.

- GALLIE, W. B. (1978). *Filósofos de la paz y de la guerra : Kant, Clausewitz, Marx, Engels y Tolstoi*. México: FCE / Cambridge University Press, 1979.
- GUEVARA, E. (1960). *Guerra de guerrillas*, Madrid: Júcar, 1978.
- HOWARD, M. (1983). *Clausewitz*. Oxford: Oxford University Press-Past Masters.
- LENIN, V.I. (1917). *El Estado y la revolución*. Moscú: Editorial Progreso, 1978.
- (191?), *Obras*, t. 29, p. 315.
- MARIGHELLA, Carlos (1966). *Minimanual del guerrillero urbano*. Bogotá: Comuna Socialista, 1975.
- MAO TSE-TUNG (1934). *Preocupémonos por las condiciones de vida de las masas ...*, Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1967.
- (1938). *Problemas de la guerra y de la estrategia*. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1967.
- McKENZIE, Jr. (2000). *The revenge of the Melians. Asymmetric threats and the next QDR (Quadrennial Defense Review)*. National Defense University, McNair Papers, N° 62.
- NICHOLSON, P.P. (1984). La política y la fuerza. En Adrian LEFTWICH (Ed.), *¿Qué es la política?* México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- ROSSEL, P. (1982). Carl Von Clausewitz y la teoría de la guerra. En *Eco* (N° 253), Bogotá.
- SHENG, W. (1959). *The theory and practice of political warfare* Taipei: Political Warfare College, 1973.
- TORRIJOS, V. (1999, 18 de agosto). «La lección de Daguestán. ¿A dónde quieren llegar las Farc?». En *El Tiempo*, Bogotá.
- VILLACRES E.J. & BASSFORD, C. (1995). Restaurando la trinidad de Clausewitz. En *Parameters* (otoño, 1995), Military Review. Escuela de Comando y Estado Mayor de los Estados Unidos.
- ZAJÁROV, V. (198?). *Acerca de la herencia teórico-militar de V.I. Lenin*. Moscú: Editorial Progreso.